



Bernardo Monteagudo

# **Continúan las observaciones didácticas [4]**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Bernardo Monteagudo**

## **Continúan las observaciones didácticas**

### **[4]**

El éxito de nuestras armas, la disciplina militar, la administración interior, la opinión pública, la energía y el orden, todo, está íntimamente unido a las deliberaciones de la próxima asamblea. El pueblo la espera con un deseo inquieto y si su esperanza puede ser un principio de cálculo, yo diría que va a empezar una nueva serie de acontecimientos felices: yo diría que la victoria nos llama y que los ejércitos están ya sobre el vestíbulo de su templo: y diría que el espíritu público vuelve a su turno y que la patria al fin va a sentarse sobre el trono que ocupaban los déspotas. Por el contrario, si no mejora en esta ocasión el aspecto político de nuestra suerte, también diré que la soledad de un bosque es preferible a tan incierta situación. ¿Pero qué medidas tomaremos para salir de ella? Es preciso sacar a los pueblos del abatimiento en que están, es preciso hablarles en el lenguaje de las obras y hacerles conocer su dignidad para que la sostengan. Porque ¿qué hemos avanzado hasta aquí con palabras dulces y con discursos insinuantes? Mientras Caracas y Santa Fe han fijado ya su constitución, mientras la Rusia y otras potencias reconocen la soberanía de Venezuela, mientras esos pueblos inmortales han jurado delante del Ser Supremo no rendir vasallaje sino a la ley; mientras gozan los frutos de su declarada independencia, a pesar de los insidiosos cálculos de Blanco, nosotros permanecemos bajo un sistema tímido, mezquino, incierto, limitado, insuficiente y al mismo tiempo misterioso, variando solo el número de los gobernantes, pero sin dejar las huellas que sigue un pueblo en su estado colonial. Cuanto más medito nuestra situación me urge el deseo de ver realizada la asamblea, porque creo que a ella sola puede librarse la reparación que exigen las circunstancias: todos deben contribuir a este objeto y a mí no me excusa la negligencia ni la oposición de otros.

El buen suceso de sus deliberaciones pende de un solo principio, que voy a examinar quizás con más interés que acierto. Ya no es tiempo de hablar acerca de lo que pudo hacerse y no se ha hecho, ni sería oportuno investigar lo que sea más conforme a los ritos convencionales que la política sanciona muchas veces como principios de equidad natural. La asamblea debe resolver y adoptar todas las medidas que puedan salvar la patria, sin temor de violar los derechos de los pueblos, cuya primera y última voluntad es conservar su existencia. Esta debe ser la ley constitucional que siga en todas sus deliberaciones y en virtud de ella queda autorizada para obrar según el imperio de las circunstancias y la urgencia de los peligros. Pero siendo éstos tan palpables, es muy escandalosa la suspensión acordada, a pretexto de que el 23 que debía abrirse según la constitución, empieza la semana mayor o santa, como si las atenciones que exige la salud pública pudieran profanar esos días que consagra la devoción de los católicos, o como si en esto no se tratara de llenar

un deber que la misma religión prescribe en su moral. Así es que en lo sucesivo no será extraño encuentren siempre pretexto los abusos y tenga el despotismo a mano la clave de la usurpación. Pero ya que por desgracia no pueda evitarse una consideración tan peligrosa, entremos a calcular el tamaño de nuestros males y agotemos todos nuestros recursos y medidas siguiendo por única norma la suprema ley de los pueblos.

Mas yo pregunto ¿cuál es la situación más crítica y difícil para un estado informe? Estoy muy distante de creer que aun cuando se halle amenazado un pueblo por varias partes, de furiosos enemigos, aun cuando no encuentren otro recurso que el de sus propias fuerzas, aun cuando en vez de recibir auxilios, sus puertos sólo sean frecuentados por esas sanguijuelas políticas, que lejos de traer beneficio agotan la sangre más pura del estado, aun cuando una lenidad mal entendida haya multiplicado los enemigos interiores, aun cuando su insolencia tenga por salvaguardia la impunidad, aun cuando el erario esté poco abundante por falta de economía y por exceso de indulgencia, aun cuando el armamento público vaya en disminución por la insuficiencia de los medios que se han preferido para aumentarlo, aun cuando todos estos males reunidos formen un eco de dolor y consternación, siempre que por un momento hagan tregua las pasiones y dejen obrar libremente a los que emprendan de buen ánimo el bien general, yo creo que es reparable el conflicto y poco incierto el suceso. Mas para asegurar esta medida y precaver sus extremos, la experiencia de lo pasado es un compendio didáctico de máximas y preceptos.

Al observar los varios gobiernos que nos han regido se creería que también había sido distinta su organización, aunque en la realidad yo no veo más que una forma informe, si me es lícito explicarme así. Desde el principio advierto monstruosamente reunido el poder legislativo al ejecutivo, y veo que el pueblo deposita en una sola persona moral toda la autoridad que reasumió, libra a su juicio o capricho la decisión arbitraria de su suerte e indirectamente consiente en sostener el despotismo, porque estando en su mano fijar la norma de sus operaciones, se ha contentado siempre con las falibles esperanzas que sugiere la inexperiencia. Desengañémonos, todo hombre tiene una predisposición a ser tirano y lo es luego que la oportunidad conspira con sus inclinaciones: a cualquiera que se confíe la autoridad pública sin las trabas de la ley y sin más garantía de sus operaciones que la que presta un juramento de costumbre, se le da ansa y opción por decirlo así, para que abusando de ese depósito sagrado comprometa la existencia pública. Supuesto este principio, el pueblo debe contraer toda su atención a dos objetos, como que son los únicos medios de salvarse: la elección de los gobernantes y los términos que debe tener el ejercicio de su autoridad. El gobierno debe recibir del pueblo la constitución y sólo aquel por quien existe puede arreglar el plan de su conducta. Si esto es así, tenemos próxima la ocasión de rectificar el actual sistema, ampliando o limitando las facultades de aquel o bien organizando un senado, consejo o convención, que modere y haga contrapeso a la autoridad ilimitada que se arrogó en su instalación. Nadie se queje después de los gobernantes, si estando a nuestro arbitrio prescribirles las justas reglas que deben seguir, nos entregamos ciegamente a su voluntad: lo mismo digo en cuanto a la elección de las personas y yo quisiera que no pudiese tener parte en la autoridad ninguno de los que han sido comprometidos en partidos, sean justos o injustos, llámense facciosos o patriotas; porque es preciso confesar, que tarde o temprano todos escuchan la voz de sus pasiones y por mil rodeos artificiosos procuran satisfacer sus resentimientos, o por lo menos basta que no puedan obrar sino al gusto de una facción y siempre en diametral oposición con la contraria. Búsquense hombres imparciales y no confiemos sino en el que se halle libre de todo partido: sírvanos la experiencia de nuestros mismos males y si en medio de los

peligros que se multiplican cerca de nosotros, queremos romper los eslabones cuya tenacidad nos abruma, consultemos la justicia y entonces los enemigos respetarán nuestro nombre aun cuando no le teman.

Cada vez que me propongo hablar sobre estas materias quedo con el desconsuelo de no poder decir todo lo que siento y verme en la necesidad de tocar sólo de paso unos principios sin cuyo examen y conocimiento la menor combinación será quimérica. Yo quisiera analizarlos con exactitud y veo que no me bastan los límites de un periódico, donde apenas puedo emplear una página en esta clase de discursos. No obstante, yo haré lo que pueda y desenvolveré las ideas que estén al alcance de mis esfuerzos. Patriotas estériles, ciudadanos ilustrados ¿hasta cuándo durará vuestra inacción? Lejos de imbuir al pueblo en ideas mezquinas y parciales, contribuid a enseñarle sus deberes e instruirle en sus derechos: él será feliz cuando conozca unos y otros. Estamos en el caso de apurar todos nuestros esfuerzos: la pluma y la espada deben estar en acción continua y ojalá no fuera preciso emplear más que la pluma: pero nuestros enemigos se obstinan, se muestran sedientos de nuestra sangre y es preciso destruirlos o consentir en el exterminio de la patria: elegid el extremo que os parezca: la muerte es un tributo que se paga a la naturaleza y para el hombre esclavo es un paso indiferente, porque muerto ya para sí mismo, sólo vive, mientras vive, para la voluntad del déspota que le subyuga.

(*Gaceta de Buenos Aires* Marzo 20 de 1812.)

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**